

Fe activa

No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.
Romanos 12.2

Con frecuencia se ha dicho que el hombre ha llegado a su mayoría de edad. Con eso se quiere significar que el hombre ya sabe lo suficiente sobre todo lo que debe saber. Esa manifestación de ególatra vanidad absolutamente carente de todo fundamento, pues si el hombre sabe algo es que no sabe nada, está tan enraizada en lo profundo de su corazón que, cuando ese mismo hombre se encuentra en su camino con alguien como Jesús y se convierte en cristiano, no es raro que siga pensando, en muchas áreas, que ya sabe lo suficiente. Es decir, el hecho religioso, aunque cambia muchas facetas del ser humano, hay otras que, por ser un proceso de transformación, como Pablo de Tarso señala en el pasaje arriba citado, no lo cambia totalmente. Se requiere un proceso transformador por medio de la renovación del entendimiento. Razón por la cual se hace necesario un continuo análisis de nuestras actitudes para que comprobemos si concuerdan y están en sintonía con la voluntad de Dios.

Jeremías, uno de los profetas mayores del A. T. escribió: *Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?* Jeremías 17.9 Ese corazón, engañoso hace creer al hombre que sabe más de lo que realmente sabe.

Para muchos, la fe no es más que el deseo de que las cosas le salgan bien. La esperanza de que las circunstancias se resuelvan a su favor. Que las dificultades no les afecten demasiado. Para otros, por el contrario, la fe tiene que ver con el entusiasmo con que deben hacerse las cosas. Razón por la que se exhorta a hacer las cosas con más fe. Cuando en realidad debieran decir con más disposición.

Hay en las Sagradas Escrituras pasajes que no quisiéramos que estuvieran allí. Pero están y guardan profundas lecciones que nos conviene aprender. Uno de esos pasajes es Génesis 22.3 si estudiamos éste pasaje con detenimiento observaremos que nos da una lección sobre la fe que nada tiene que ver con lo que estamos acostumbrados a oír. Las instrucciones de Dios para que Abraham ofreciera a su hijo Isaac en holocausto eran normales en aquella época. Pues se trataba de una práctica habitual en las religiones paganas. Pero por muy habitual y normal que fuese, ponían a las personas ante una de las pruebas más difíciles que pudieran vivir. En el caso de Abraham, la prueba resultaba mucho más dura si cabe, pues, se trataba de su único hijo con Sara, nacido en la vejez cuando ya habían perdido toda esperanza. Cuando Dios les prometió ese hijo, no es raro que Sara se riera. Era una mujer que había sido estéril toda su vida y que ya contaba con más del doble de la edad en que las mujeres dejaban de tener hijos. Esta dura prueba, ponía a Abraham en el centro de una terrible y profunda crisis personal. La agonía debía atenazar su garganta y la lucha entre las emociones, su razón y su fe, debían estar produciéndole un terrible dolor de cabeza. ¿Cómo podría ser? Dios le había dado aquel hijo y ahora, a penas habían comenzado a disfrutarlo, cuando aún no había llegado a darle descendencia, se lo volvía a pedir. Pensar que Abraham obedeció sin más es ignorar el corazón humano y su funcionamiento a nivel emocional. Sin duda debió sufrir una terrible batalla. Sin embargo, Abraham no permitió que sus emociones fuesen el factor decisivo en su comportamiento. Cada uno de los verbos de éste versículo de la Biblia debió ser una dolorosa experiencia y producir una horrible guerra entre la decisión de obedecer o no a Dios. Entre seguir adelante como siervo de Dios o renunciar a ello. A Abraham se le ha llamado el padre de la fe (Gálatas 3.7), Pero la fe de Abraham no tenía que ver con el deseo de que las cosas le salieran bien. Pues, él conocía cuál sería el final: la muerte en sacrificio de su amado hijo. El no estaba esperando que las cosas le salieran bien. Sabía que si hacía lo que Dios le pedía su hijo moriría. Para Abraham, la fe no era la esperanza de que las circunstancias no le afectaran demasiado. Ya le estaban afectando y no sólo a él, sino que afectarían de una manera más directa a su propio hijo, quien quedaría sin futuro. A quien no

podría ver crecer y darle nietos. Afectaría a su matrimonio. Pues, Sara no podría entender que él mismo hubiese dado muerte a su propio hijo, por muy normal que fuese aquella absurda práctica en Mesopotamia. Sin duda le afectaría también a su relación personal con Dios, pues, ya nunca las cosas volverían a ser igual entre ellos. Para Abraham, la fe no tenía que ver con hacer las cosas con entusiasmo. Para él no había ningún entusiasmo en hacer lo que Dios le pedía. Apara Abraham, la fe consistía en otra cosa: Una profunda convicción en la fidelidad de Dios que le llevó a la acción.

Para Abraham, la fe era la certeza de que Dios no se vería limitado en su propósito de cumplir su palabra. Hallamos la clave de su fe en el libro a los Hebreos: *Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir.* Hebreos 11.17-19

Abraham creía que Dios era poderoso aún para levantar de entre los muertos. Esa era la fe de Abraham. Una fe que le llevó a la convicción de que Dios proveería.

En estos tiempos de crisis se necesitan hombres y mujeres de fe tenaz en la bondad de Dios y en su poder. Pues Dios es amor y quienes conocen a Dios saben que no es como los ídolos de las naciones que llevan a la muerte. Dios nunca te pedirá a tu hijo. Jamás. Ya lo hizo una vez para dar una enseñanza, él no se repite. Dios no estaba interesado en la vida de Isaac, sino en hacer ver la diferencia entre él y los dioses falsos.

Hoy, más que nunca, necesitamos conocer Dios, creer en él y su poder. Mediante una fe que nos lleve a la acción valiente.

Pr. Nicolás García